

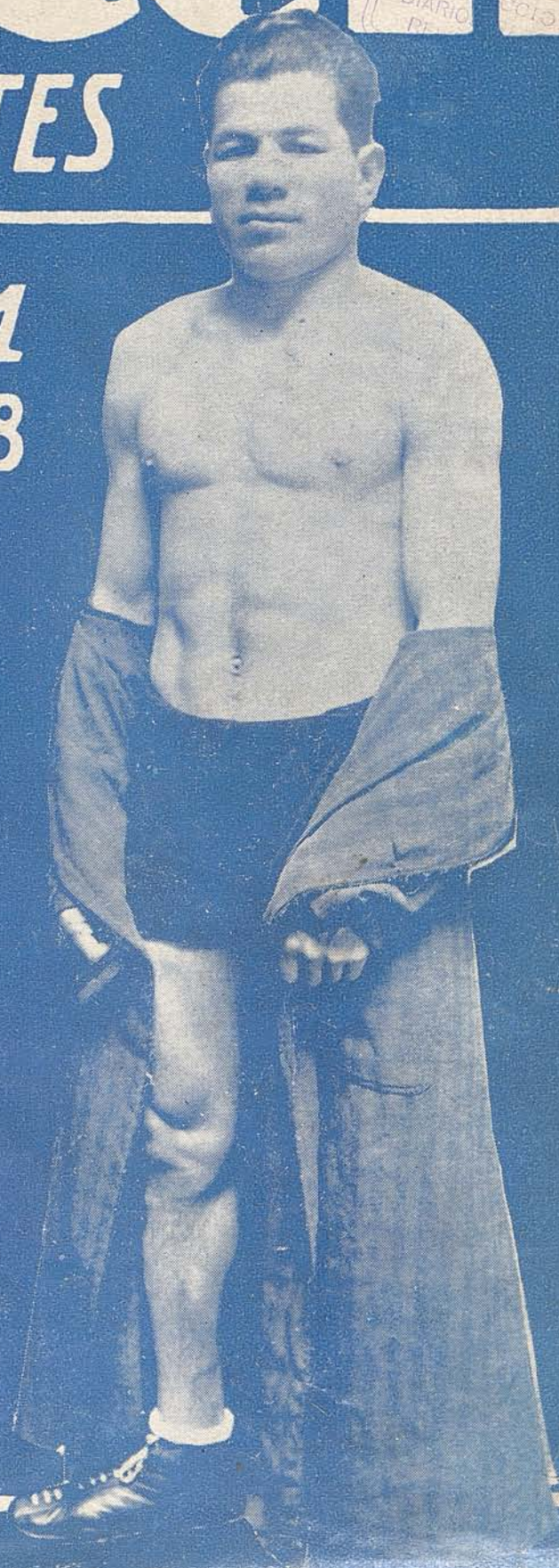
275x205

maten

BIBLIOTECA N° 19
CHILE
DIARIO
COLOM

TODOS LOS DEPORTES

AÑO I · N° 1
25-OCTUBRE-1928



El gran pugilista peruano
Alberto Icochea —

Concha bate a Carmona en Valparaíso

OCHO rounds de tres minutos ha necesitado el ex-campeón sudamericano de aficionados, José María Concha, para poner fuera de lucha al boxeador nortino de peso máximo, Carlos Carmona, en un reciente match efectuado en Valparaíso. Aunque las crónicas dicen que el triunfo del pugilista de Santiago se debió más que todo, a un golpe de gracia, aplicada en circunstancias que Carmona confiaba demasiado de los atropellos de Concha, este encuentro viene a constituir una nueva e indiscutible demostración de los magníficos antecedentes del ex-amateur. Consideramos que el resultado del encuentro debe tomarse muy en cuenta al valorarse las acciones del vencido de Seppel Pirtz, debiendo abandonarse la teoría de que Concha triunfó por casualidad, ya que en cuestiones de boxeo, los golpes de gracia conducen, —lo mismo que una victoria por margen de puntos durante todo el encuentro,— al triunfo del que ha trabajado con más empeño o inteligencia.

José Concha conquista una vez más los laureles de la victoria y sus partidarios creen ver en él al más capacitado peso medio pesado del futuro. También nosotros vemos en la estampa de Concha a un pugilista de real talla, capaz de ganar con el tiempo, las más resonantes batallas boxísticas. Por de pronto, deseamos que él reciba nuestra más calurosa felicitación y deseos de próspero adiestramiento.

manera nuestra, faltándonos sólo el característico tambor de los motudos que suena "tam-tam"... y cuyos acordes no igualados habrían amenizado aquella noche en forma magistral la fiesta de negros.

La prensa, exagerando inicuamente, dijo que yo había comenzado a bailar con ademanos ordinarios en cuanto consumí la hazaña de los 7 metros 93, pero estoy en situación de afirmar que sólo me limité a levantar los brazos muy en alto, para significar a mis compatriotas que había batido el record del mundo, antes que el hombre del corentón comenzara a hablar a las galerías. En seguida me di algunas palmadas en el pantalón para sacudir la arena que me envolvía. Eso es todo lo que hice, y sin embargo, los cronistas deportivos afirmaron que yo había querido dar una demostración pública y grosera de los bailes regionales de Haití. Todavía protesto de esas afirmaciones infundadas y aseguro a ustedes que lo del "tam-tam" fué en la noche, lejos del Estado histórico.

En París, amigos míos, también alguien echó a rodar que yo era un negro semibrujo, tapizado el pecho de faticos horrosos y lleno mi cerebro de leyendas y cosas exóticas, lo cual no es fundado, ya que en ese sentido soy el hombre más occidental que puede imaginarse.

Mis performances actuales son las siguientes:

- 100 metros, 11 segundos.
- 110 metros vallas, 16 segundos.
- Salto alto, 1 metro 85.
- Salto largo, 7 metros 93.
- 400 metros, 53 segundos.
- Bala, 11 metros.
- Disco, 35 metros 40.

Lo cual puede dar una idea de mi estado actual y de lo que he trabajado para llegar a cumplir tales distancias, alturas y tiempos.

En la actualidad voy viajando hacia mi Haití querido, anhelo de estrecharse con los míos y de reiniciar mi entrenamiento, el cual, estoy seguro, me conducirá tarde o temprano a los 8 metros tan suspirados...

No hay interés

LA señorita Lenglen, amateur, fué por largos años la niña mimada de Europa, que deliraba de entusiasmo cada vez que la francesita daba muestra de su maestría sin igual. También Norte-América apasionóse por la reina de los courts, y cuando se presentó ante su veredicto, no obstante su derrota frente a la Mallory, el público y los peritos dijeron de ella maravillas.

Ahora bien. La señorita Lenglen de hoy en día no es inferior a aquella Susana de aquella época, y sin embargo, el público yanqui no demuestra por ella aquel formidable entusiasmo de otro tiempo, y la prensa, por su parte, concede a la campeona el espacio indispensable que se dedica a cualquier número atrayente, pero no excepcional. ¿Qué ha sucedido para provocar este estado de cosas junto a la buena Suzón? Lo que ha ocurrido ya lo saben ustedes. Cansada la amateur de andar de un lado al otro sin recoger más beneficio que el poco succulento de laureles y medallas, se declaró harta de amateurismo y pidiendo ayuda a su raqueta, exigió que, si valía la pena verla hacer prodigios en la cancha, también valía la pena de que se rascasen el bolsillo sus admiradores en beneficio de su peculio particular. Y ahí tienen ustedes lo que ha hecho el vacío, o poco menos, alrededor de la francesita de las poses asombrosas y de las piernas en eterna exposición.

De manera que, para los públicos de tenis, lo único interesante es ver disputar trofeos a personas a quienes no se les importa un pito del dinero. Pagar, pagan con gusto, ya que antes no trepidaron en llenar las arcas de los clubs que patrocinaban los torneos; pero si saben que parte de su óbolo va a dar a manos de aquellos que les hacen pesar la tarde alegremente, entonces... ya no hay interés. ¡Curioso caso de tontería amateurista!

NARANJAS

EN Chile, donde los muchachos criollos han vuelto a poner en evidencia su valía, están modernizando mucho los sistemas de que se vale el público para exteriorizar su simpatía. Aquí y en Montevideo, cuando mucho, obsequiarán a los jugadores con piedritas y chumbos para patos, pero allá, en Santiago, los chilenos han perfeccionado los proyectiles, dándoles aspecto más simpático, color, olor y gusto... ¿Qué más puede pedirse? Nada. Ahora, supongo yo que cesarán los enconos de los jugadores extranjeros, siempre susceptibles a estas demostraciones, cuando, desde lo alto de la tribuna, se descuelgue sobre ellos una lluvia de... naranjas. ¿Quién va a enojarse por naranjita más o menos? Esperamos que nadie. Y así, desde ahora, sería bueno que cada nación eligiese su fruta simbólica que serviría para exteriorizar sentimientos y entusiasmos deportivos. Los chilenos tienen, como se ve, la naranja, los uruguayos podrían elegir las guindas, nosotros las uvas, y los brasileños, ¡naturalmente!, la banana. De este modo, con un poco de buena voluntad, llegaríamos sin darnos cuenta a la más sabrosa de las armonías internacionales, algo así como una ensalada de frutas sudamericanas.

Football Femenino

NO es la primera vez que veintidós muchachas resueltas y gallardas viste el pantalón corto de las bregar footballísticas y echan a la cancha el donaire de sus veintidós rostros sonrientes, de sus cuarenta y cuatro pantalones más o menos robustianos y de su divina juventud dispuesta a regalarle el placer de un deporte varonil. Buenos Aires ya conoce el encanto de un football donde la ciencia y el

empuje ceden paso a la gracia de las actitudes y a la continuidad de las situaciones... emocionantes. Y si aquel regalo que las portañas ofrecieron a nuestros ojos encantados no ha tenido una segunda parte, culpa no es de las buenas pibas que con tanta elegancia se doctoraron entonces de artistas de la ball. La culpa es nuestra, es de los hombres, de los torpes varones que seguimos prefiriendo un rudo match entre dos escuadras de robustos focajidos a un match donde la gentileza reemplaza a la energía y donde la belleza entregues sin reservas su tesoro de curvas armoniosas. Pero si la capital es bárbara y boecia en ese sentido, las provincias, en cambio, han sabido elevarse sobre la chatura metropolitana, dándose repetidamente el soberbio espectáculo de dos teams plétóricos de redondeces, disputándose los honores de un trofeo. Hace poco, allá en Máximo Paz, veintidós melenitas se alborotaron ante la perspectiva jubilosa de una bella tarde al sol, yendo y viniendo a la carrera tras la pelota esquiva, entre el griterío entusiasta de todos los varones dignos de tal nombre que hubiera en la localidad. Se formaron dos bandos; se uniformaron de azul el uno y de blanco su adversario. Amplias bombachas hasta la rodilla, y cómoda blusa de cintura al cuello, más medias y zapatos albos constituían el discreto equipo de las chicas que se hacía más atrayente con el casquete gracioso de las boinas sobre los gentiles rostros... El pueblo entero se apresó a gozar de una emoción artístico-deportiva insospechada. Hablaron los periódicos, se comentó el suceso en todos los corrillos, tertulias y cafés; cruzáronse apuestas entre azulenas y blancuzcas; hirvió de entusiasmo el corazón de la "mozada" y de nostalgia el de los viejos y "cascotes"... Pero he aquí que, de pronto, tremebunda nube negra ciérnese sobre el esplendente cielo de esta dicha. El señor cura, rojo de sacrosanta indignación, negro de estrilo, erizado de amenazas y con las manos llenas de excomuniones, sube al púlpito y se pronuncia decididamente en contra del match de football femenino. Truenos y rayos, evocaciones de un infierno pavoroso para las que se atrevieran a transgredir la ley sagrada... ¿Qué hacer? Reúnese en pleno la grey rebelde y delibera. Ellas aman a Dios, no son paganas, ni tibias en el cumplimiento de sus deberes para con el hijo del hombre... Pero su amor al Señor de las alturas no impide que sean unas alegres chicas dispuestas a hacerse el gusto en la tarde del Domingo... Y se decidió no darle pelota al reverendo padre y ponerse no más los pantalones...

Pero entonces sucedió lo inevitable; aceptado el reto de las chicas, el párroco extendió su excomunión a todos aquellos que presenciaban, desde cerca o de lejos, la pecaminosa escena footballística...

¿Qué iba a suceder? ¿Con quién estaría el respetable público, con el clero o con las nenas? Pronto se supo. Desde las lejanas chacras, desde los hornos de ladrillos, desde leguas y leguas empezaron a llegar carricoches y peatones que, sin la menor vacilación, rodearon el alambre de la cancha, y cuando el referé hizo sonar su silbato llamando a las campeonas, todo el pueblo de Máximo Paz, más sus suburbios y vecinos, rompió a aplaudir rabiamente saludando a las veintidós pebetas sonrientes y gentiles que se echaron a la cancha con la derecha en alto sacudiendo sus boinas y sus melanas. Lo que fué aquel match no cabe en una crónica sumaria como ésta. Pero lo significativo, lo digno de mención, lo que representa un amplio triunfo de las muchachas de Máximo Paz, es que cuando el cura, negro de cólera, rojo de vergüenza, fué al campo de football dispuesto a derramar con mano pródiga maldiciones y exorcismos, al verse enfrente del magnífico espectáculo de aquella belleza sonriente y sana, metió violín en bolsa, se arrimó al alambre y dijo para su sotana:

—Que nos perdone Dios... que nos perdone a todos... porque yo no me voy de aquí hasta que esto se termine...